

Las ideas no se matan

Gabriel Llano

Hay una visión fatalista que circula entre quienes propugnan la democracia en Cuba y que al no compartirla quiero para empezar dedicarle un párrafo. Esa visión fatalista dice que la libertad llegará a Cuba únicamente después de la muerte de Castro, que la democracia no se podrá restaurar en Cuba hasta el fallecimiento del tirano Fidel Castro.

Me permito recordar que en la década de los 80 veíamos a todo el bloque socialista, o sea al régimen de la Unión Soviética y de toda la Europa del Este, como inexpugnable, como insuperable, como un totalitarismo perenne, con una fortaleza pétreo, como que había llegado para quedarse para siempre, como que era casi eterno.

El problema no era cuando se caía el régimen socialista sino que no se extendiera a todo el mundo terminando con la libertad. Pero de repente se cayó y se desmoronó. Se desplomó sin casi darnos cuenta. Era mucho más débil de lo que muchos suponíamos. Tengo la convicción de que con el régimen castrista pasa lo mismo. Que sus cimientos son muchos más débiles, más flacos y más escuálidos de lo que muchos suponemos.

A la libertad podemos restringirla, podemos comprimirla en un puño, pero por ahí se escapa y cuando se escapa lo hace con fuerza derribando los muros de cualquier totalitarismo.

En definitiva, ojalá que pronto podamos caminar por las calles de La Habana o por las calles de Santiago de Cuba respirando el mismo aire de libertad que hoy en plenitud se puede respirar en Praga.

No puedo dejar de señalar la satisfacción inmensa de lo que es poder participar, para quienes hemos sido educados en las ideas de libertad, en la filosofía de la libertad, en esta gran aventura, en este gran desafío por extirpar esa, como dijera el ex presidente Aznar, última satrapía de Occidente: la dictadura castrista.

Esa educación en las ideas de la libertad que recibí me llevaron a cuestionar y no aceptar jamás la más mínima justificación de los autoritarismos militares en la Argentina, pero también me inmunizó contra el virus de los totalitarismos de izquierda que, fomentados por Castro y bajo la bandera mítica del Che, se apoderaron de la mente y del corazón de toda una generación de jóvenes argentinos durante la década del 70. Justificar a los movimientos guerrilleros en la Argentina porque significaron no otra cosa más que el ejercicio del derecho natural de resistencia, frente a la opresión de pérfidos regímenes militares, representa al menos una visión

distorsionada de la historia. Montoneros y los demás se levantaron en armas durante el gobierno peronista elegido en 1973 por una abrumadora mayoría absoluta. Ellos no peleaban por la democracia, como quiere enseñar ahora esa visión idílica, lo que buscaban era la instauración de la Patria Socialista. Fidel Castro era su mentor, quien los alentaba e instigaba. Castro preparó y entrenó a muchos de ellos militarmente en la isla. El más suculento de los botines de los Siempre acusé, por lo tanto, a Castro como cómplice principal en la desaparición y asesinato de miles y miles de jóvenes argentinos.

Ironías de la historia, el mismo Castro que había mandado a los jóvenes argentinos a la lucha armada para la entronización de la utopía socialista, era el que después hacía que Cuba, en los foros internacionales, votara en contra de las condenas a los regímenes militares argentinos por violación a los derechos humanos.

Siempre fui conciente de que el Régimen Castrista es un régimen que ha negado, suprimido y eliminado las libertades políticas fundamentales del pueblo cubano, como también que pretendió suprimirlas en otros países latinoamericanos tratando de exportar su mal llamada revolución.

Por ello siempre pensé que era un deber de todo demócrata liberal hacer algo, pero no encontré un canal de participación hasta que tomé contacto con CADAL (Centro para la Apertura de América Latina), una fundación cuyo mentor es Gabriel Salvia. Fue así como empezamos a presentar proyectos en el Parlamento argentino, alguna vez levantando nuestra voz de protesta contra las represiones a la libertad de prensa, otras recordando con dolor y con pesar el décimo aniversario del hundimiento del remolcador 13 de Marzo donde perdieron la vida cerca de cuarenta cubanos, hundido por buques de guerra del estado cubano, o también trabajando en la búsqueda de firmas para conseguir que nuestra embajada argentina en Cuba abra las puertas a la disidencia cubana.

Invitado por CADAL, concurrí a la ciudad de México. Con otros miembros del Comité Parlamentario Internacional por la Defensa de la Democracia en Cuba, especialmente parlamentarios mexicanos, hicimos un acto de adopción simbólica de presos de conciencia cubanos.

En mi caso, elegí adoptar a Iván Hernández Carrillo, un hombre de color, preso por el terrible pecado de ejercer su derecho a reunirse, a asociarse y a expresar sus ideas, según surge de la sentencia del Tribunal popular de la provincia de Matanzas que lo condenó a veinticinco años de prisión.

En la ciudad de México conocí a otros integrantes de otra asociación, dedicada a la promoción de los derechos humanos en Cuba y ayudar a quienes valientemente disienten con el régimen en Cuba, el Directorio. Ahí lo conocí al presidente del Directorio Nacional Democrático Cubano, a Javier de Céspedes. En una oportunidad, íbamos con Javier en un taxi y me cuenta su visita clandestina a Cuba y la enorme tristeza que lo invadió el día de su despedida de Cuba, cuando estaba en una plaza sentado en un banco bajo un árbol. Recuerdo las lágrimas que se le escaparon cuando cuando me contaba esos recuerdos.

Me di cuenta en ese momento que, para quienes amamos a la libertad, amamos a Occidente, amamos a América Latina, que hay pocas causas tan nobles como defender la libertad en Cuba.

Cuando los veo trabajar a ellos, a Orlando Gutiérrez, a Javier de Céspedes y a otros exilados, no puedo dejar de recordar a otros grandes desterrados que tuvo mi patria, la Argentina, en el siglo XIX, y a un concepto que expresara el ex Presidente Havel: “que lo mas importante es el post-cas-trismo y que es necesario prepararse para ese momento”.

Quiero recordar, entonces, a dos grandes desterrados que tuvo mi país y que desde sus exilios trabajaron para cuando volviera la libertad en la Argentina. Uno es Juan Bautista Alberdi, quien desde su destierro en Valparaíso escribió un libro que se llamó “Bases y puntos de partida para la organización de la República Argentina”, que con letras más, letras menos, en 1853 fue consagrado prácticamente como la Constitución nacional Argentina, la cual no solo representó un himno a la libertad del hombre sino que también expresó un modelo de desarrollo federal en libertad que le permitió a la Argentina, en cincuenta o sesenta años, hacer un milagro de crecimiento y prosperidad como pocos se conocen en la historia, la Argentina opulenta y libre de las primeras décadas del

siglo XX, esa Argentina que hoy añoramos.

El otro gran desterrado argentino a quien me recuerdan ellos cuando los veo trabajar por la libertad en Cuba, es un gigante de las letras y de la política, ese gran visionario que fue Domingo Faustino Sarmiento. El gran sanjuanino, en su exilio en Chile, dirigiéndose al dictador argentino Rosas, escribió en grandes letras sobre una roca de la cordillera de Los Andes: “bárbaro, las ideas no se matan”. Yo creo que lo que hacen ellos y lo que hacen los disidentes todos los días en Cuba es escribir en el corazón de Castro esa leyenda, “bárbaro, las ideas no se matan”.